

EL PAISAJE SOMOS NOSOTROS

Bleda es ella: María. Rosa es él: José María. Toda la obra de esta pareja de artistas gira en torno a uno de los *temas* tradicionales de la historia del arte occidental: la representación del paisaje. Pero su forma de abordarlo nos da algo más, distinto. No sólo por el soporte tecnológico que utilizan: la fotografía. Sino por la forma como incluyen la implicación emotiva y personal en fragmentos de naturaleza filtrados por el paso del tiempo, por el espesor histórico.

Desde su primera serie de 1992: *Campos de fútbol*, Bleda y Rosa plasman en sus obras el latido de la vida humana como ausencia, convertida en huella. Se trata, en ese caso, de un melancólico y hermoso conjunto de fotografías en blanco y negro que recogen imágenes de campos de fútbol de tierra, en las que el desplazamiento lateral de la portería sirve de elemento recurrente y de signo de identificación. Lugares del juego infantil y adolescente que ya no volverá. Impresiones entrevistas de la soledad.

En sus series posteriores: *Campos de batalla*, *En torno a Cervantes*, o *Ciudades*, nos encontramos con la misma ausencia aparente de seres humanos. Pero es tan sólo una primera impresión, meramente superficial. Porque lo humano está intensamente presente en esas imágenes de paisajes desolados, desérticos, o de antiguas construcciones en ruinas. Por un lado, por la propia implicación personal de Bleda y Rosa que, como los artistas de *land art*, viajan a los espacios, los recorren, e incluso acampan en ellos, en el centro mismo de la soledad.

Y, por otro, por el papel que juega *la evocación*, esa delgada síntesis de melancolía y memoria, cuando contemplamos los escenarios donde en otro tiempo tuvieron lugar hechos significativos de vida y experiencia humanas. La violencia, la aventura, el deseo (imposible) de perdurar sobre la muerte, impregnan entonces el paisaje. Que pasa a convertirse en un signo dinámico, en movimiento, alterándose en el curso del tiempo, de la fugacidad humana.

José Jiménez